

# Religión

## ¿PRUEBA LA CIENCIA QUE HAY DIOS?

A la raíz. Sabido es que el comunismo en su actitud ha sido con frecuencia lógico y radical. No se ha contentado, como los socialistas, con asentar ciertos principios y quedarse por temor a las consecuencias, a la mitad del camino. Ha ido hasta lo último y, por eso, arrancó de cuajo la propiedad privada; sometió al hombre a una esclavitud total del Estado; condenó a la Ciencia a ser servidora de la ideología imperante, obligó al arte a ser vehículo de la teoría estatal... Y claro está, que la Religión no podía salir mejor parada en ese naufragio general. Bien puede predecirse la suerte que le espera en un régimen titolitario, íntegramente materialista, a la religión espiritualista. Son los dos polos opuestos.

Mucho antes del triunfo comunista en Rusia, Lenin había manifestado claramente su pensamiento. Para él, en el fondo del problema social, se hallaba ante todo el problema económico; pero una de las bases más firmes de la economía capitalista era precisamente la religión. Ya se ve claramente cuál es la raíz de este ateísmo, muy distinto en su fundamento del ateísmo sectario del siglo XVIII; y por otra parte mucho más peligroso, pues el sector que afecta es mucho más amplio y las razones, aunque falsas, muy asequibles a la mentalidad obrera.

"La religión, escribía en 1905 en *Novaia Jinz* (Vida Nueva) es uno de los aspectos de la opresión espiritual de las masas populares, abrumadas por el

trabajo continuo en favor de otro, por la miseria y el aislamiento que por todas partes soportan. A los que viven del trabajo de otro, la religión les enseña en este mundo la beneficencia, ofreciéndoles así una fácil justificación de su calidad de explotadores y vendiéndoles a buen precio tarjetas de entrada en el cielo... La religión es el opio del pueblo; una especie de alcohol en el cual los esclavos sumergen su imagen humana y su reivindicación de una existencia proporcionada, por poco que sea, a la dignidad humana".

**En plena labor.** Lo que nunca se había visto hasta entonces apareció en Rusia con el triunfo de la Revolución Comunista. No sólo brotaron ateos prácticos sino teóricos; ni se contentaban con su ateísmo, sino que eran apóstoles militantes de él y se confederaban para tener una acción más intensa y efectiva. Así nació la U. S. D. M. La Unión de los Sin Dios Militantes.

Como si fuera poco, el Gobierno puso a contribución del movimiento no sólo las arcas del Erario, sino su decidido apoyo en todas las organizaciones. Lo que garantizaba la Constitución: "Plena libertad de conciencia, separación de la Iglesia y del Estado, separación de la Iglesia y de la Escuela, libertad de propaganda religiosa y antirreligiosa...", bien sabemos todos en qué paró. Cuando a los practicantes de religión se les encarcelaba, se les quitaba el bono de pan, se les sometía a crueldades; a los sin Dios se les mimaba con todo género de dádivas. La Escuela era totalmente atea; la Prensa estaba en sus manos; la propaganda la pagaba el Estado; se organizaban Exposiciones y Conferencias con proyecciones, Bibliotecas, Teatros, Cines, Radios... Mientras Yaroslavsky, Presidente de los Sin Dios Militantes aseguraba: "El programa de la Internacional Comunista establece claramente que los Comunistas luchan contra la Religión, el Ministro de Educación Lounatcharsky proclamaba: "Entre nosotros la enseñanza ha de ser comunista; por consiguiente, debe ser por necesidad, antirreligiosa". Y todo esto lo coronaba Stalin, estableciendo pomposamente: "No estoy con la Religión, porque estoy con la ciencia".

**Consecuencias.** El movimiento ateo-cundía con el movimiento comunista y su propaganda barata estaba con frecuencia impregnada con la idea de una imposible unión y convivencia de la Religión y la Ciencia. Apoyándose en

sistemas filosóficos o en hechos científicos o en situaciones sociales, se ha pretendido llegar a la negación total de un Ser Supremo, o por lo menos, a la incapacidad del hombre para conocerlo. En nombre, pues, de la Ciencia se quiere llegar a esa conclusión, cuando precisamente la Ciencia; hoy más claro que nunca, y más recio también, proclama su existencia.

**Pío XII y las pruebas de la existencia de Dios.** El 23 de noviembre de 1951 delante de la Pontificia Academia de Ciencias tuvo un discurso que bien puede calificarse de "notable". No es que los argumentos aducidos encierren ninguna novedad o que sean específicamente diversos de los ya conocidos, sino que les da cierta frescura y actualidad la manera de encuadrarlos dentro del movimiento científico actual.

**Las cinco vías.** Desde la más remota antigüedad los filósofos se preocuparon de DIOS y de los argumentos para probar su existencia. Ahí están sus obras como testigos y el Estagirita nos dejó un monumento de ello en su FISICA y sobre todo en el libro XII de la Metafísica. Pero al genio de Santo Tomás, en éste como en otros problemas, le somos deudores de una penetración, claridad y sobre todo, de una **síntesis**, definitiva y clásica. Con su característica sencillez, casi en el mismo dintel de su SUMA, en la Cuestión 2ª, Artículo 3º, plantea el siguiente problema: "UTRUM DEUS SIT— Si es que existe Dios" y responde afirmativamente con estas razones:

1º) Tiene que existir un SER INMOVIL (Argumento del movimiento).

2º) Tiene que existir una CAUSA PRIMERA. (Argumento de las causas eficientes).

3º) Tiene que existir un SER NECESARIO. (Argumento de los seres posibles o contingentes).

4º) Tiene que existir un SER SUPREMO en Bondad, Belleza, Perfección. (Argumento de la Bondad, Belleza y Perfección parcial de las criaturas).

5º) Tiene que existir un Ordenador Supremo. (Argumento del orden del Cosmos).

Para quien ahonde un poco, estas cinco vías se van fundiendo y llegan al último fundamento que es la natu-

raleza del SER INFINITO.

Estos argumentos filosóficos, no por serlo, deben calificarse de "apriorísticos" dice el Papa, "como los ha juzgado un positivismo mezquino e incoherente. Ellos actúan en realidades concretas y afirmadas por los sentidos y la ciencia, si bien adquieren fuerza probatoria por vigor de la razón natural."

**El movimiento.** El tema es muy extenso y el Papa concreta su amplia disertación a la primera y quinta vía.

Todo fluye en el mundo y es porque hay movimiento. Ahora bien todo movimiento supone un motor, que si no tiene en sí mismo el principio del movimiento, es en un momento móvil y necesita de extraño impulso. Pero esta sucesión no puede ser infinita; tiene que tener un límite. Y he aquí la consecuencia que, como hilo de oro, va a sacar de su raciocinio el Doctor angélico: "Ergo necesse est devenire ad aliquod primum movens quod a nullo movetur et hoc omnes intelligunt Deum. Por lo tanto, necesariamente tenemos que llegar a un primer motor que no es movido y ese es precisamente DIOS".

La estructura de este argumento es invariable, pero aquí lo interesante es probar que todo el mundo corre, se transforma, pasa de un estado a otro. Movimiento, por lo tanto, no sólo local, sino también transformativo como los multiformes físico-químicos. Ahora bien, la ciencia moderna ha estudiado más a fondo la naturaleza de esas transformaciones y ha descubierto esos fenómenos en mundos hasta ahora inexplorados y en mundos que creía asentados en eterna inmovilidad. Fijándonos en el MACROCOSMOS y dejando a un lado las transformaciones fácilmente asequibles en los laboratorios, "la ciencia, dice Pío XII, ha puesto de manifiesto cómo esa mutabilidad físico-química no se limita en modo alguno a los cuerpos terrestres, según la creencia de los antiguos, sino que se extiende a todos los cuerpos de nuestro sistema solar y del mundo universo, los que como ha demostrado el telescopio, y mejor aún el espectroscopio, están formados por las mismas especies de átomos".

Pero los descubrimientos más sensoriales han ocurrido en el MICROCOSMOS, en el mundo de lo pequeño y casi imperceptible. Aquí puede decirse que la catarata de cambios está en proporción inversa de la masa del cor-

púsculo. "En efecto, dice el Papa, parecía que la materia inorgánica, a diferencia del mundo animal, fuera en cierto sentido inmutable... Los átomos parecían que gozaran del privilegio de una veterna estabilidad e indestructibilidad, saliendo de cualquier síntesis y análisis químico inmutables. Hasta hace cien años se les tenía por partículas elementales, simples, indivisibles e indestructibles. Igual cosa se creía de energías y fuerzas materiales del cosmos, sobre todo basándose en las leyes fundamentales de la conservación de la masa y de la energía".

Todas esas conjeturas se han desvanecido totalmente; pues la ciencia ha descubierto transformaciones continuas en ese mundo minúsculo. Y cita el Papa dos ejemplos. Uno en la esfera electrónica con sus irradiaciones de luz y calor, la yonización del átomo y la transformación de la energía en la síntesis y análisis de las combinaciones químicas.

Pero todavía podría considerarse el núcleo atómico como reducto inexpugnable; una especie de Olimpo imperturbable, a donde no llegara el soplo de los cambios. Y esa es precisamente la cima que más gallardamente ha escalado la Ciencia para descubrirnos un mundo nuevo donde en vez de la calma reina la inquietud de los movimientos. Ya todos lo conocen; hoy día se pulverizan los átomos en los laboratorios con partículas de altísima energía; se consiguen transformaciones de núcleos, como puede verse en el átomo de uranio y la energía liberada en la irradiación del cosmos viene a compensarse con la energía de las transformaciones nucleares en los astros. Es evidente que nada ni grande ni pequeño escapa a la ley de la mutabilidad.

Y ahora es, cuando tras ese recuento sucinto de hechos innegables deduce Pío XII con férrea lógica y bello estilo la conclusión que se impone. "El sabio de hoy, lanzando la mirada al interior de la naturaleza, más hondamente que su predecesor de hace cien años, sabe, por consiguiente, que la materia inorgánica, en su más íntimo meollo, por decirlo así, está señalada por la marca de la mutabilidad y que, por ende, su ser y su subsistir exigen una realidad enteramente diversa e invariable por naturaleza."

"Como en un cuadro en clarooscuro las figuras resaltan del fondo de som-

bras y sólo así alcanzan el pleno efecto de plástica y de vida, así la imagen de lo eternamente inmutable emerge clara y resplandeciente del torrente que arrebató consigo todas las cosas materiales, en el macro y en el microcosmos y las arrastra en una intrínseca mutabilidad que nunca reposa.

El científico que se halla a la orilla de este inmenso torrente, halla reposo en aquel grito de verdad, con el que Dios se definió a sí mismo: YO SOY EL QUE SOY" y al cual el apóstol alaba como "PADRE DE LAS LUCES, EN EL CUAL NO EXISTE NI VAIVEN NI OSCURECIMIENTO, EFECTO DE LA VARIACION".

**La dirección de las transformaciones.** Si la mutabilidad del Cosmos ofrece hechos notables para la prueba de la existencia de Dios, no son menos elocuentes los que se derivan de la dirección de esas transformaciones. La ley de la entropía descubierta por Rodolfo Clausius nos lleva por la irreversibilidad de los fenómenos de la naturaleza y la degradación de la energía a una fatal cesación en los procesos en escala macroscópica. Lo cual quiere decir que el mundo, dadas las leyes actuales, ha de tener un fin, porque lentamente camina a su inacción total; a su muerte. Hay siempre pérdida de energía y no hay suficiente reposición. Hablando en términos más comunes diríamos que el mundo cierra todos los días su balance con un déficit en su caudal energético y por cuantioso que sea su capital, llegará un día en que sus fondos queden totalmente liquidados. Es el día de la quiebra; de la muerte.

Esta ley, comprobada en el macrocosmos, no se sentía con derecho para extender su imperio al microcosmos. Hoy día merced a los progresos de la astrofísica, la ley de la entropía ejerce su imperio en todo el Cosmos. Vamos a copiar el ejemplo que cita el Papa: "La estructura electrónica de los átomos químicos en la fotosfera del sol, suelta cada segundo una cantidad gigantesca de energía brillante en el espacio circundante de donde no vuelve. La pérdida viene compensada desde el interior del sol por medio de la formación de helio del hidrógeno. La energía que así se libera, proviene de la masa de los núcleos de hidrógeno, la cual en dicho proceso se convierte en pequeña parte (7 por 100) en energía equivalente. El proceso de compensación se desarrolla

por consiguiente a expensas de la energía que originariamente existe en los núcleos de hidrógeno, como masa. Así, dicha energía en el curso de miles de millones de años se transforma lentamente pero irreparablemente en radiaciones". Siempre se pierde más de lo que se recupera.

Las conclusiones son evidentes: mirando hacia el futuro, el Cosmos camina hacia su muerte. Mirando hacia el pasado, se puede indicar, con ciertos atisbos, la fecha de su nacimiento. Los argumentos se sacan, unos de la astronomía, del distanciamiento de las galaxias; otros de la edad de la corteza terrestre; otros de la edad de los meteoros... Todos ellos vienen a poner el primer latido de esta materia hace 5 ó 6 mil millones de años; duración enorme, pero que cabe holgadamente en la fórmula del Génesis: In principio, en el principio de los tiempos.

Claro está que estos hechos no nos dan la fuerza probativa de la metafísica respecto de la creación; o de la revelación, respecto de la creación en el tiempo; pero ante estos hechos la actitud de la ciencia frente al problema de la creación ha cambiado. Porque si Plate en 1907 y Arretenius en 1911 veían contradicción entre la ciencia y la creación, hoy ante el progreso de la ciencia el lenguaje es muy diverso. Son muchos los que en la actualidad coinciden con el gran sabio Edmund Whittaker quien en 1946 escribía: "Estos diferentes cálculos convergen en la conclusión de que hubo una época hace nueve o diez mil millones de años, antes de la cual el cosmos, si existía, existía en una forma totalmente distinta de cuanto nosotros conocemos: así que ella representa el último límite de la ciencia. Nosotros podemos quizás referirnos sin impropiedad a ella como a la creación. Ella ofrece un fondo concordante a la visión del mundo, sugerida por la evidencia geológica, que todo organismo existente sobre la tierra ha tenido un principio en el tiempo. Si este resultado fuere confirmado por futuras investigaciones, podría considerarse como el más importante descubrimiento de nuestra época".

Con razón cierra el Papa uno de sus párrafos con efusivo entusiasmo: "Parece en verdad que la ciencia moderna remontando de un salto millones de siglos, haya logrado hacerse testigo de

aquel primordial "FIAT LUX", cuando de la nada brotó de la materia un mar de luz y de radiaciones, mientras las partículas de los elementos químicos se desprendieron juntándose en millones de galaxias".

**Conclusión.** Para los que piensan que la Metafísica es un fósil petrificado y para los que, al explicar estos argumentos, se contentan con repetir insulsamente lo que hace siglos se dijo, no estará de más el indicar que si bien, en estas palabras no puede verse una revisión de las pruebas filosóficas, sí se observa en los hechos aducidos un remozamiento y aire de actualidad que no puede menos de llamar la atención a los que se preocupan por estas materias, y en general, a los estudiosos. Sin caer en la cuenta se hallan sumergidos en los problemas que agitan al mundo científico de nuestros días y el lenguaje, las fórmulas y los hechos del momento, vienen a ser los ejemplos más palpitantes con que refuerzan sus inmovibles principios filosóficos. La Física, Química, Astrofísica, Paleontología... tienen tesoros a nuestra disposición, pero hay que buscarlos y a veces, arrancarlos. No se puede vivir de rentas viejas y buen ejemplo nos da el Papa de cómo debe mirarse el progreso científico actual y ver en su trayectoria la luz de Dios que por todos los resquicios trabaja por abrirse paso. Oigamos las palabras del Papa y cerremos con ellas este artículo: "De hecho, la ciencia verdadera, en contra de aventuradas afirmaciones del pasado, mientras más avanza, más descubre a Dios, como si El mismo se encontrase velando en espera, detrás de cada puerta que abre la ciencia, Aun más queremos decir, que de este progresivo descubrimiento de Dios, que se realiza con los incrementos del saber, no sólo se beneficia el científico, cuando piensa y —¿cómo podrá abstenerse de ello?— como filósofo, sino que sacan provecho también todos aquellos que participan en los nuevos hallazgos o los toman como tema de sus consideraciones; de manera especial se benefician los genuinos filósofos, porque tomando impulso de las conquistas científicas para su especulación racional, sacan de allí mayor seguridad en sus conclusiones, más claras ilustraciones en las posibles sombras, más convincentes subsidios para dar a las dificultades y objeciones una respuesta cada vez más satisfactoria".

Víctor Iriarte, S. J.